



C-9-4

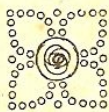
86

UNA AGENCIA DE CRIADAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS SELLÉS BOSCH



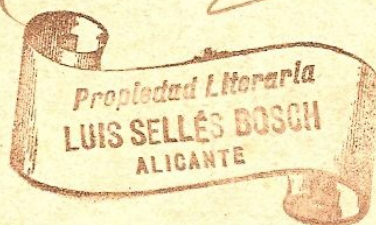
Precio: UNA peseta

ALICANTE
Tip. "Gutenberg,, de L. Carbonell
Castaños, 24 y Quevedo, 6
1915

Caja Mediterráneo

UNA AGENCIA DE CRIADAS

Luis Sellés



17782

UNA AGENCIA DE CRIADAS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Luis Sellés Bosch



UNA peseta

Caja Mediterráneo

ALICANTE

TIP. «GUTENBERG» DE L. CARBONELL

Castaños, 24 y Quevedo, 6

1915

PERSONAJES

D. RUPERTO, dueño de la agencia.....	72 años
D. ^a BASILIA, su esposa.....	60 años
JUANA, dependienta de la Agencia.....	22 años
D. MIGUEL, propietario.....	32 años
DOLORES, criada andaluza.....	26 años
LEONOR, criada elegante, conocida por "la Marquesita",.	19 años
AMPARO } VICENTA } criadas....	20 a 23 años
D. ^a JULIA, señora francesa.....	30 años
D. TRIFÓN, propietario.....	67 años
D. MANUEL, banquero.....	28 años
D. RAMON, comerciante.....	33 años
D. JOSÉ, fondista.....	30 años
Dos guardias de orden público	

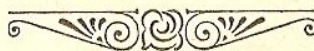
Epoca actual. Son las siete de la mañana de un día del mes de Agosto.
Por derecha e izquierda la del espectador.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla, ni traducirla a ningún idioma, ni representarla sin su consentimiento.

Los corresponsales de la Sociedad de Autores españoles, son los encargados del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Se considerará fraudulento todo ejemplar que no lleve la correspondiente contraseña y rúbrica del autor.

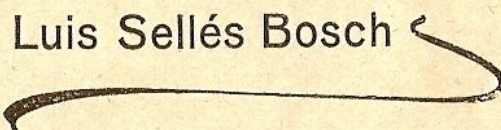


A todos mis amigos y favorecedores

Soís tantos y a todos estoy tan agradecido por vuestras atenciones, que soís merecedores de mi agradecimiento, y para corresponderos, aprovecho este modesto trabajo mío y os lo dedico.

Es la única y mayor ofrenda que os puedo hacer y ella en letras de molde pasará a la posteridad y las generaciones venideras podrán ver, que el autor de este pasatiempo no fué ninguna eminencia, pero sí agradecido.

Luis Sellés Bosch



Julio, de 1915.



ACTO ÚNICO

El teatro representa una calle. A la izquierda del público, el kiosco donde está establecida la Agencia, con puerta practicable que da a la calle. En su interior, una mesa-escritorio con recado de escribir y varios libros y registros encima. Detrás de la mesa y frente al público, un sillón antiguo de baqueta. Varias sillas de diferentes clases repartidas por la habitación. En una de las paredes una percha en la que están colgados el sombrero y el bastón de D. Ruperto.

ESCENA 1.^a

D. RUPERTO, sólo. (Estará muy preocupado, paseando de un lado a otro de la habitación con las manos detrás.)

RUP. ¡Así es imposible continuar la Agencia! ¡Pero qué cosas pasan aquí! ¡Nadie quiere pagar el servicio; ni los amos ni las criadas! La pobre dependienta va de acá para allá colocando a unas y a otras, y nadie suelta una peseta. El cliente, al ir a cobrarle dice: "La criada que Vd. me mandó, no me sirve para nada; no sabe barrer, ni limpiar la casa; es una cochina; mande usted otra, y le pagaré." Las criadas por su parte, me vienen con reclamaciones diciéndome: "que en la casa que la busqué, no quería continuar, porque matan de hambre a las criadas, y que tampoco me pagaban." En fin, trabajar y más trabajar y yo no veo una blanca.

Nada, lo dicho. (Pensativo) Quito la Agencia y...
¿Pero qué voy a hacer Dios mío?... (Serenándose)
¡Calma Ruperto, calma y ten filosofía, sino estás
perdido! Esperaré hasta que Dios quiera y veremos
en qué para esto. (Oye ruido de pasos en la calle; se asoma a
la puerta para ver quién es y aparece por la derecha D.^a Basilia, y al
verla exclama)

RUP ¡Santa Tecla, mi mujer! (Con sobresalto.)

ESCENA 2.^a

Dicho y D.^a BASILIA (Que entra con una cesta al brazo.)

BAS ¡Ruperto! Dame dinero que me voy corriendo a
la plaza.

RUP. Lo siento hija mia, pero... no tengo un céntimo.

BAS. ¡Eso no puede ser!

RUP. Pues mira Basilia, por desgracia te digo la
verdad.

BAS. ¡Ay Dios mío! ¿Qué vamos a comer hoy?

RUP. Por eso no reñiremos. Haz lo que tú quieras;
arroz con pollo...; un guisadito de patatas con
carne de ternera...; chuletas a la *papillot*... En
fin chica, cosa que sea alimenticia y se pegue bien
al riñón.

BAS. ¡Pero hombre de Dios!... ¿Crees tú que todo
eso se puede adquirir sin dinero?

RUP. ¡Es verdad! ¡Maldito dinero! Tienen razón los
anarquistas al decir "que el sistema monetario, es
la fotografía del crimen," ¡Ojalá no hubiera nacido
el maldito inventor de la moneda, que mejor an-
daría el mundo!...

BAS. Déjate de andróminas y dame dinero.

RUP. ¿Otra vez lo mismo? ¿Crees tú que yo soy el
Banco de España?

BAS. Pues no comeremos hoy, ¿no es eso?

RUP. ¡No, eso no! ¡Protesto! Hay que comer para
vivir.

- BAS. Entonces, tengo razón de sobra para pedirte dinero para la compra.
- RUP. ¡Sí, mujer, sí! ya lo creo que la tienes, pero cuando lo haya; ¿de otro modo cómo?
- BAS. ¡Ay Ruperto, así no podemos vivir!
- RUP. Eso digo yo también; pero ¿qué hacer?
- BAS. Tira al demonio esta maldita agencia que no te da para vivir y búscate otra cosa.
- RUP. Como no quieras que me haga banquero.
- BAS. (Incomodada) ¡Déjate de bromas Ruperto, que me voy cansando!
- RUP. No te incomodes mujer, que las cosas ya se arreglarán. ¡Hay que tener paciencia, mucha paciencia, Basilia!
- BAS. Y mientras tanto, comeremos... aleluyas.
- RUP. ¡Todo se andará mujer, ten calma!
- BAS. Pídele un destino al Presidente de Ministros.
- RUP. ¿Estás loca? ¿Crees tú que me lo dará si se lo pido?
- BAS. ¿Pues entonces, de qué te sirven esas cartas que tienes de él?
- RUP. ¡Bah!... Las cartas de los políticos, Basilia, son papeles mojados cuando no hay voluntad de hacer las cosas. La política, mujer, es una farsa. El Presidente y yo, hace muchos años que nos conocemos y le he servido cuando era más joven, pero hoy, ya es otra cosa; soy viejo, y los viejos no servimos para nada; por lo mismo los políticos no me hacen caso.
- BAS. Pues así es imposible que continuemos, Ruperto. Mira lo que piensas hacer.
- RUP. Bien mujer, lo veremos. Todavía no son las ocho; vuelve dentro de una hora y veremos si viene algún cliente y me trae dinero. También espero a Juana que ha ido a cobrar algunos recibitos.
- BAS. (Con ironía) ¡Juanita!... ¡Vaya una pájara!

RUP. (Incomodado) ¿Qué tienes tú que decir de esa pobre mujer que anda todo el día por esos mundos de Dios, buscándome dinero?

BAS. (Con intención) ¡Ya veo que tienes gran interés por tu dependienta!...

RUP. (Con exaltación) ¡Basíla!... No me vengas con indirectas, porque... te entiendo.

BAS. (Intencionadamente) ¡Ah! ¿Sí? Pues mira, yo no soy lila y te entiendo también.

RUP. Pero... ¿qué me quieres decir con todo eso? Vamos a ver.

BAS. Que gastas mucha confianza con esa mujer, y a mí, tú no me la das, Ruperto.

RUP. ¡Qué barbaridad! ¿Crees, Basilia, que a mis años?....

BAS. ¡Bah! Los hombres siempre sois lo mismo. En fin, no quiero disputas; ahí dejo la cesta. Mientras, voy a ver a la modista que me está haciendo una falda.

RUP. Ves con Dios, mujer.

BAS. Cuando vuelva, ya sabes que necesito dinero.
(Váse)

ESCENA 3.^a

RUPERTO, solo

RUP. ¡Bueno ha empezado el día. Primera visita; mi mujer pidiendo dinero, y la caja sin un céntimo.
(con desesperación) ¡Tierra, por qué no me tragas en tus insondables abismos! (Serenándose poco a poco) ¡Calma, Ruperto, calma: confórmate con tu mala suerte!

EECENA 4.^a

D. RUPERTO y JUANA

JUA. ¡Buenos días, D. Ruperto!

RUP. ¡Hola Juanita! Si que has madrugado hoy.
¿Traes dinero?

JUA. ¡Qué mas quisiera yo! No he podido cobrar ni un céntimo.

RUP. ¿Qué me dices? ¡Buenos estamos! Esto no puede seguir así!

JUA. ¿Tengo yo la culpa acaso, de que los parroquianos no quieran pagar?

RUP. Tanto no digo. Pero debes amonestarlos una vez y cien, hasta que te paguen.

JUA. ¡Si! Porque no tengo las piernas rotas de tanto ir y venir a todas las casas.

RUP. ¡Por vida de Satanás!

JUA. Desengáñese Vd. D. Ruperto. En Alicante no puede sostenerse una casa como esta. Los criados no pagan y los amos tampoco... y de esto tiene Vd. toda la culpa.

RUP. ¡Eso me faltaba ahora, que tú también vinieras a recriminarme!

JUA. ¡Pues es claro! ¿Por qué no exige Vd. los pagos adelantados cuando piden una criada?

RUP. ¡Boba, mas que boba! ¿Crées tú que no lo hago? ¿Y qué? De nada me sirve. Eso, Juana, queda bien para las capitales de primer orden como Barcelona. Allí conozco yo un agente doméstico que con la Agencia ha hecho un capital en menos de cuatro años.

JUA. Pues aquí no podemos comer ni Vd. ni yo.

RUP. Cabal, pero tú dirás lo que tengs que hacer. Juana.

JUA. No lo sé, D. Ruperto.

RUP. Ni yo tampoco. Hay que aguantar esta vida perra, venga lo que venga.

JUA. Además, ha de saber Vd. que las casas se quejan mucho de las sirvientas que les enviamos. En casa de D. Segundo, el médico, que le llevamos ese espantajo de Ursula la Valenciana, están quejándose amargamente porque dicen que no pueden

entender su lengua. Siempre que viene de la plaza no puede la señora ajustarle la cuenta.

RUP. ¿Y por qué es esto?

JUA. ¿Por qué ha de ser? Porque el animal de Ursula no entiende ni una jota de castellano y dice la mar de disparates. Se pone a contar lo que trae de la plaza, y dice: tanto la carne; tanto la cansalada; tanto las creaillas; los sigronos... en fin, todo por el estilo. Así lo cuenta todo, y la señora se enfada y la toma lo que sobra sin poder averíguar nunca la cuenta.—¡Ursula!—la dijo la señorita el otro día—¿Tú entiendes de pescado?—¡Sí señora; pos no ha de entender, le contestó, si mon tío es peix-caor allá en mon poble! Y ya ve Vd. D. Ruperto, ella es de Confrides, ¿qué puede pescar allí ese tío? Se va por fin a la plaza a ver el pescado que la dijo la señorita y empieza a explicarle con esa maldita lengua que ella misma no se entiende: Hay, dice, Llusos, Rascases, Polpos, Muelles y Toñina.

RUP. ¡Qué animal!

JUA. Eso mismo le dijo la señorita. Así es que en la casa no la quieren y por eso no pagan a Vd. hasta que no les mande otra criada que sepa hablar el castellano.

RUP. Les mandaremos a Dolores, la andaluza. ¿qué te parece?

JUA. Esa, bien. Aunque tiene muy mal genio y pronto romperá pajas con los amos.

RUP. Pues si tienes que ir a alguna parte para traerme dinero, ves y vuelve, que cuando venga Dolores la haré esperar y te la llevarás a casa de D. Segundo.

JUA. Corriente. Me voy pues, para ver si cobro las cinco pesetas a D. Vicente por el ama de cria que le mandamos ayer; y esta es otra que tal. Ya sabe Vd. D. Ruperto, que dijo que tenía leche fresca y en abundancia y ahora resulta que no tiene una

RUP. Ves, mujer, y con tu diplomacia procura cobrar algo. Dile que dispense que le moleste, pero que tengo mucha falta de dinero. ¿Traes ahí el recibo que te dí?

JUA. Sí señor, aquí lo llevo.

RUP. Pues ves con Dios y tráeme dinero por favor, Juana, que no tengo un botón.

ESCENA 5.^a

Dicho y después: D. MIGUELITO

RUP. (Asomándose a la puerta como para ver si pasa algún cliente)—
¡Calla! Allí veo a D. Miguelito que viene hacia aquí! ¡El cielo me lo envía! (frotándose las manos con alegría) Voy a sentarme en el sillón presidencial para recibir dignamente a tan alta personalidad. (Sentándose y poniéndose a escribir).

MIG. (Desde la puerta) ¿Se puede pasar, D. Ruperto?

RUP. (Levantándose y dirigiéndose a él le estrecha la mano con alegría)
¡Mí querido D. Miguel! ¿Cómo vamos? Ya sabe Vd. de siempre que esta casa es suya, y que están de más los cumplimientos.

MIG. Gracias, mi buen amigo; yo también le correspondo a Vd. honrándome con su amistad.

RUP. Y yo altamente satisfecho siempre. ¡Y cómo le va a Vd. amigo mío?

MIG. ¡Muy bien! ¿Y a usted con su negocio de la Agencia?

RUP. Pues... tal cual; porque a decir verdad D. Miguelito, las cosas están mal y esas pícaras domésticas no quieren hacer bondad en ninguna parte, así es que no hago más que mudarlas de aquí para allá y los honorarios de mis servicios van por el aire.
gota. El pobre niño que cría, está llorando toda la noche por falta de alimento, así es que no sé si me pagarán.

- MIG. ¡Qué injusticia! No debe ser así. El que desee una doméstica, que pague, y después puede cambiar las que quiera.
- RUP. Eso mismo digo yo, pero los amos y los criados se hacen los sordos, y de aquí (haciendo con los dedos signos de dinero) no hay de qué.
- MIG. Muy mal está eso. Yo amigo mío, estoy sufriendo con esas malditas la pena negra. Ya se me ha marchado aquella que usted me envió el mes pasado.
- RUP. ¿Cómo, la Pepa?
- MIG. Si señor, si; la Pepita, que es una joya para cualquier casa.
- RUP. ¿Qué ha pasado?
- MIG. Nada. Que ayer mañana desapareció de casa llevándose el dinero que la dí para la plaza y todavía no ha parecido.
- RUP. ¡Infame! Daré parte a la policía para que la encierren en la cárcel. ¡Pues no faltaba más!
- MIG. No, D. Ruperto, no haga usted eso. Yo la perdono y renuncio a las cinco pesetas que le dí.
- RUP. ¡Le juro a Vd. que esa pícara me las pagará! Ahora mismo voy a poner una nota en mi libro-registro y ¡hay de ella si por aquí viene! Qué paciencia se necesita para aguantar a estas malditas, D. Miguel.
- MIG. ¡Mucha, amigo mío. mucha! Pero no se incomode Vd. Yo ya estoy acostumbrado a sufrir sus impertinencias y me conformo con todo lo que venga.
- RUP. ¿Qué diré yo de mí, con tantas fregonas como aquí vienen?
- MIG. (Sacando un duro del bolsillo) Tome Vd. amigo mío, aquí tiene usted los honorarios para otra erriada que me mandará.
- RUP. ¡Hombre... no quisiera... pero!...

MIG. Vamos, tome usted que yo sé lo que son las cosas.

RUP. (Lo toma y se lo guarda) Muchas gracias, amigo mío.

MIG. Bien; me voy a continuar mi paseito de costumbre. Páselo bien. D. Ruperto.

RUP. (Estrechándole la mano) Vaya Vd. con Dios, mi querido D. Miguel; siempre a sus órdenes.

MIG. Hasta otra vista (váse)

ESCENA 6.^a

D. RUPERTO, a poco D.^a BASILIA

RUP. Ya hemos salido del paso, gracias a D. Miguilito. Es la providencia de mi casa. ¡Pobrecillo y qué francote es! Con ese duro que me ha dado puede mi mujer hacer la compra de hoy y aun sobrar para la de mañana.

BAS. (Entrando y sentándose como fatigada) ¡Jesús y qué cansada estoy? Esa maldita modista me ha entretenido más tiempo del necesario. ¿Qué; puedo ya ir a la plaza?

RUP. ¡Si, mujer; sí, toma (dándole el duro)

BAS. ¡Gracias a Dios! Venga, venga, que me voy corriendo a la compra.

RUP. Ya sabes que me has de dar la vuelta. ¿eh?

BAS. Bien hombre, ya la tendrás. (Se dispone a marchar y Ruperto la llama)

RUP. (Llamando) ¡Oye!...

BAS. (Volviendo) ¿Qué quieres?

RUP. Mira, se me olvidaba decirte que tengas mucho cuidado con el cambio. Haz que te den papel, y así no te darán ninguna peseta falsa.

BAS. (Haciendo un gesto de desprecio) ¡Bah! (se va con la cesta al brazo).

ESCENA 7.^a

D. RUPERTO, solo

¡Qué contenta se marcha! ¡Ya se ve! Las mujeres en enseñándolas la luz, se les ríen hasta los

huesos.—¡Qué bueno eres, maridito mío! ¡Cuánto te quiero—dice la esposa a su marido cuando la larga la guita—¿No hay luz? Entonces se abren las puertas del infierno y no hay Dios que pare en la casa. En fin, este es el mundo... y rueda la bola.

ESCENA 8.^a

D. RUPERTO y LEONOR

LEO. (Entrando haciéndose aire con el abanico) ¡Qué calor más bochornoso hace!

RUP. ¿Pues qué le pides al mes de Agosto, Leonor? Ya verás como en el mes de Enero no lo hará. ¿Qué tal te va, mujer? Hace días que no te veo por aquí.

LEO. Mire usted, casi no salgo de casa. Me estoy cosiendo una falda.

RUP. Tu tan elegante siempre. Por eso te llaman la marquesita las criadas que vienen a la Agencia.

LEO. ¿Acaso esas tontas se pueden comparar conmigo? ¡Qué más quisieran! ¡Ojalá pudiera yo vivir sin servir a nadie, D. Ruperto, pues ya sabe usted que he sido persona de posición y muy respetada en la alta sociedad. Mi pobre mamá no pudo seguir pagando los estudios, y los tuvo que suspender a la muerte de mi papá.

RUP. ¡Cómo ha de ser! ¡Este es el mundo, Leonor!

LEO. Si al menos viviese mi mamá, estaría con ella de ayudanta en la escuela de niñas que teníamos en Torrevieja.

RUP. ¡Pobrecilla, te compadezco!

LEO. (sentándose y enseñándole el pie) ¿Le gustan a usted estos zapatitos? Me los he comprado hoy.

RUP. ¡Chica! ¡Qué bonitos! ¡Son de moda! Tienes un pie muy pequeñito. (Tocándola el pie)

LEO. ¡Vaya D. Ruperto, no sea usted atrevido! (retirando el pie)

- RUP. No, tonta, yo ya soy viejo y no me altero por nada.
- LEO. Viejo?... No lo crea usted... (sonriendo con intención) está Vd. aún muy bien.
- RUP. (volviendo a tocarla el pie) Te viene justo el zapatito, ¿no es verdad? (riéndose)
- LEO. ¿Otra vez? segundo toque.
- RUP. Pues mira, al tercero... a misa.
- LEO. Tenga usted formalidad, ¡Si lo viese doña Basilia!...
- RUP. ¡No lo quiera Dios! A mi me arañaba de seguro, y a ti te arrancaba el moño.
- LEO. ¡Jesús y que fiera! ¿Por tan poca cosa todo eso?
- RUP. ¡Ahí verás tu! ¿Qué sería.....
- LEO. (Levantándose) ¡Bah! Basta de bromas; y lo que tiene Vd. que hacer, es darme una casa pronto, que sea buena.
- RUP. Mujer, si es que no te gusta ninguna casa que te ofrezco.
- LEO. ¿Y qué casas son esas para mí? Vamos a ver... ¿No le dije a Vd. que no quiero servir donde haya mucha familia y sobre todo chiquillos? Yo quiero... ya lo sabe Vd. una casa aristocrática para servir a la señora. como su camarera de confianza, o bien casa de un señor cura.
- RUP. ¡Pero si esto no sale!...
- LEO. Bueno; esperaré.
- RUP. (Dándose una palmada en la frente) ¡Calla!... ¿Te conveniría una casa donde no hay más que un señor solo.
- LEO. Según y conforme. ¿Quién es?
- RUP. D. Miguel García, un señor muy rico y joven, que vive en la calle de San Francisco número sesenta y nueve principal. Ya ves que no puedes mejorar.
- LEO. ¡Ah! ya le conozco, pero no me gusta esa casa.
- RUP. ¿Por qué razón, vamos a ver?...
- LEO. Pues... porque... vamos, que no me conviene.

- RUP. No te entiendo Leonor. Ya quisiera yo tener muchos clientes como ese, porque es todo un caballero formal.
- LEO. No digo que no; pero a mí no me gusta D. Miguelito, que así le llaman todos.
- RUP. ¿Has oído tú, acaso, hablar mal de él a nadie? Vamos, dilo y sabremos los motivos.
- LEO. Si señor; es persona que tiene mala nota. Ya lo sabe usted.
- RUP. ¡Cómo! ¿Y se etreven a murmurar de una persona tan honrada como D. Miguel.
- LEO. Pues... dice la gente que a D. Miguelito, no le gustan las mujeres...
- RUP. ¿Y es todo eso bastante motivo para difamarle? Además, ¿qué te importa a ti, que le gusten o no le gusten?
- LEO. Claro está que me importa! ¿pues acaso no soy yo mujer?
- RUP. Vaya, se acabó la conversación, Leonor. No quiero que se hable mal en mi casa de D. Miguel.
- LEO. Pues por mi parte, no hablaré mal, pero no iré a servir allí.
- RUP. Bien, mujer; yo te buscaré una buena casa; ¡ten calma! (Vase Leonor)

ESCENA 9.^a

Dichos y DOLORES

- DOL. (Entrando) (Con marcado acento andaluz) ¿Ze pueé pazá?
- RUP. Si ya has entrado, Dolores. ¿Qué hay? ¿Has ido a la casa que dije?
- DOL. Zi zeñó; he eztao en eya tré díaz. Ayí no ze pueé eztá. Vaya una caza que ozté m'ha buzcao.
- RUP. ¿Pues qué tiene? ¿Acaso no es una buena casa?
- DOL. ¡Ya lo creo! ¡No la hay peó en toico er mundo! Miusté; ayí hay má amo que ha tenío meniztro Ezpaña, y zi zon chiquillo, hay má que en la Mi-

zericordia. Dolores—dise la zeñá Antonia, que ez má vieja que la Giralda e Zeviya—; dale a la cuna que er niño yora, y ayá voy, dale que te dale a la cuna, pero er mardito niño ze empeña en no cayá, y yora que te yora; ¡Dolores!— me grita el amo mayó dende dentro, que e má dézpota que Maura er mayorquín—ezta habitación no eztá bien limpia, ¡erez una cochina! ¡ven corriendo a limpiarla!... y yo dejo la cuna y voy a cumpli la orden del amo mayó; ¡Dolores!—me grita doña Rozalía que ez otra ama má fea que la muerte y má zeca que una caña e pezcá—¡ven corriendo a jasé la cama, que ya ez tardel! Zeñorita, no puedo dir que eztoy ahora jaciendo una faena con zu pare. Viene corriendo la tal zeñorita Rozalía y me pone de vuelta y media, porque no he cumplió zu orden. ¿Qué diremo de la niña Ezperansita? Ze levanta a la sinco e la mañana, y a la muy... indína le da por despertame tirándome toda la ropa e la cama. El otro día me dió un zuto, zi zeño; mazuzté ma que la Sierva cuando zupo lo acontesimiento e la zemana trágica e Barselona. En fin, D. Ruperto, que no me conviene eza caza mardita que uzte ma buzcao.

RUP. Bien mujer, ya te buscaré otra; pero págame ahora esa, porque no quiero cuentas largas.

DOL. ¡Ezo no pué ze! Cuando me de ozté una buena, ze lo pagaré too junto.

RUP. Ya te he dicho que no quiero cuentas largas.

DOL. ¿Pero zi no tengo dinero, cómo voy a pagá?

RUP. Pues bien; ¿me das palabra formal de pagarme cuando te busque otra?

DOL. Zi zeñó. Ya me conose oste, que zoy formá como buena andalusa.

RUP. Corriente, pues vuelve otro rato por aquí y te diré de otra casa.

DOL. Pue bien, golveré; pero ya zabe ozté, que zi no e buena casa, zu trabajo perdío, porque no voy.

RUP. Anda con Dios, mujer, que ya te la proporcionaré buena.

DOL. Hazta luego, pue, D. Ruperto, a ver si cumple la palabra. (vase)

ESCENA 10

D. RUPERTO y D.^a JULIA

JUL. (con un marcadísimo acento francés) Ser aquí la agencia de criadas?

RUP. Aquí es, señora. ¿En qué puedo servir a usted?

JUL. ¿Osté ser el Agente?

RUP. Servidor de usted.

JUL. Pues bien, yo necesitar una criada que sea bona e limpia, porque a mi y a mi marrido gustarnos mocho la limpia.

RUP. Procuraré sea del todo buena, señora: pero tenga la bondad de sentarse.

JUL. (sentándose) Merci, Señor.

RUP. (Se sienta en el sillón, disponiéndose a inscribirla en su registro, y la pregunta) ¿Cómo se llama usted, señora?

JUL. Julia; mi marrido ser francés e yo también. Notre maison ser en la calle de la Estación de Madrid, en que hay mochos árboles.

RUP. ¡Ah, si! En la calle que hoy se llama de Maissonave.

JUL. ¡Oh! si; perdón, señor. En el número 20, toda la casa, que es propía de mi marrido. A la parte baja tenemos la bodega de vino.

RUP. Ya sé donde es. (Escribiendo)

JUL. Yo quiero, señor, que aunque cueste mocho que pagar, que sea bona criada y sobre todo honrada, porque ha saber osté señor, que yo tenía una criada muy mala. (D. Ruperto cesa de escribir y se pone de pie de lante de doña Julia) Un dia, eran las nueve y la criada no bajaba; dormía en un cuarto del terrado. ¡Marrría! ¡Marria! la llamábamos mi marrido y yo e no

contestaba. Mi marrido asustado me dijo que alguna cosa le pasaba a la criada e subimos al cuarto e tocando fuerte a la puerta la llamamos de nuevo: ¡Marría! ¡Marría! Levántate que ya es tarde, y María no contestaba. Yo ya la dije, abre la puerta, María, y ella entonces responde, señorrita, no puedo abrir, que estoy en coneco. ¡Abre pronto! dice mi marrido muy furioso, o tiro la puerta al suelo. Marría no abrió y entonses mi marrido pegó una patada y la puerta se abrió y nos encontramos allí un hombre con ella. Marría desía que era un primo suyo que no tenía donde dormir.

RUP. ¿Conque primo eh? ¡Vaya un primito!

JUL. Eso dijo mi marrido, que no era primo, y los echamos los dos a la calle.

RUP. ¡Que mala criada! ¡Qué desvergüenza! ¡Profanar nada menos que el domicilio de sus amos!

JUL. Sí señor; profanar a los amos. Ya ve usted señor, ¡qué picardía!... Por eso quiero que sea muy honrada sobre todo.

RUP. Eso corre de mi cuenta. La criada que le mandaré será buena y honrada.

JUL. ¡Gracias, señor Pardón! Yo querer pagar ahora. ¿Qué vale?

RUP. Una peseta la casa, y otra la criada, que la anticipa usted y después la descuenta del salario.

JUL. Pues tome usted dos pesetas (sacándolas del portamonedas y dándoselas)

RUP. Muchas gracias, señora, yo haré por complacer a Vd. en todo lo posible.

JUL. Gracias, señor. Ya sabe, poder osté disponer de mi casa en nombre de mi marrido.

RUP. Tantas gracias. Vd. sabe puede mandarme en todo cuanto de mí dependa.

JUL. Grasies, Pardón; ¡Adiós; señor! la criada que que sea buena y sobre todo honrada.

RUP. Así lo procuraré y creo que la señora no quedará descontenta.

JUL. ¡Au servir! (Doña Julia se despide con un saludo de cabeza y
D. Ruperto hace lo mismo diciendo:)
RUP. A los pies de usted, señora.

ESCENA 11

D. RUPERTO, solo

¡Qué sociedad, Dios mío! Esas fregonas no respetan nada. Esa pobre señora se queja con razón. ¡En su misma casa cometer semejante impureza! ¡Qué atrocidad! (Asomándose a la puerta.) Calla; por allí veo a D. Trifón que sin duda viene aquí. Este es otro cliente, pero de tabaco... Siempre que me hace la visita me da un puro. Algo es algo. A este prójimo le da por la política y cree siempre que pronto va a venir la República y le harán Gobernador. ¡Pobre hombre! para largo la lleva...

ESCENA 12

D. RUPERTO y D. TRIFON

TRI. (Entrando) ¡Mi querido D. Ruperto! ¿Cómo va?
RUP. ¡Tanto gusto en verle, D. Trifón! Yo ando regular. Usted tan hermosote siempre, disfrutando buena salud.
TRI. Me encuentro bien, gracias a Dios. Vaya, tome Vd. un purito. Este es de un paquete que guardo yo para los amigos.
RUP. (Guardándolo) Muchas gracias; este lo fumaré después de comer.
TRI. ¿Qué tenemos de noticias? ¿Sabe Vd. algo?
RUP. Yo nada se; eso queda para usted que es el hombre de la política.
TRI. (Bajando la voz y con misterio, al oído) ¡Amigo mío, hay novedades!
RUP. ¿De veras?

TRI. ¡Y tan de veras, amigo! La revolución la tenemos a la puerta (con alegría.)

RUP. ¿Qué me dice Vd?

TRI. Ya sabe usted todo ese movimiento de las huelgas ferroviaria y metalúrgica.

RUP! Bueno ¿y qué?

TRI. Que esto es el primer relámpago que anuncia que la tempestad se avecina.

RUP. No lo crea así. El Gobierno dispone de muchos elementos, y ya verá Vd. D. Trifón, como esto queda en nada.

TRI. Pues yo le aseguro lo contrario. Estoy en antecedentes. ¿Le parece a Vd. que con lo que está ocurriendo en nuestra pobre España, no hay para sublevarse hasta las piedras? ¡Esa espantosa miseria por todas partes, que obliga a emigrar a millones de infelices para poder comer en el extranjero, lo que no pueden conseguir aquí! ¡Todo, todo, amigo mío está perdido en España! ¡La industria, el comercio y la agricultura están por los suelos! ¿Cree Vd. que este actual estado de cosas puede continuar así?

RUP. Hombre, esto es verdad.

TRI. Nada, hay que barrerlo todo y no dejar nada de lo existente.

RUP. ¡Duro, duro!

TRI. Si amigo mío, hay que ser muy inexorable con esa pandilla. ¿Pero hombre, qué más quiere usted ver? ¿Aquí mismo en nuestra patria chica no suceden cosas estupendas? ¡Convertir el mejor paseo que tenemos en plaza de abastos!

RUP. Yo oí decir a un concejal, que no la instalaban en la Plaza de Balmes porque estaba lejos.

TRI. ¡Qué estupidez! ¿Pues acaso las plazas-mercados tienen necesidad de estar a la puerta de cada vecino? Vea usted también para qué gastarse 50.000 pesetas en las plantaciones de pinos de ese vetus-

to castillo que no sirve para nada; sino para privarnos del fresco que pudiéramos disfrutar en el verano, si no tuviéramos ese espantajo de montaña. Lo dicho, D. Ruperto, hay que destruirlo todo, y que entre en nuestra desgraciada patria el esplendoroso sol de la justicia, de la libertad y del progreso!

RUP. ¡Bravo amigo! Es Vd. un orador de primera

TRI. Ya verá Vd. cuando yo sea Gobernador, qué discursos les haré a mis administrados.

RUP. ¡Lástima que no sea Vd. diputado y combata al Gobierno en compañía de Melquiades Alvarez!

TRI. Deje Vd. que con el tiempo, todo se andará.

RUP. ¡Ojalá llegue pronto el día deseado; para dejarme la Agencia é irme con usted de Secretario particular como usted ha dicho!

TRI. Sí, hombre, sí, se lo prometo y lo cumpliré. Entretanto, amigo mío, le dejo a usted por hoy; tengo que hacer una visita y se me va haciendo tarde.

RUP. Pues hasta cuando usted guste, mi querido don Trifón. (Estrechándole la mano)

TRI. Adios, amigo. (váse)

ESCENA 13

D. RUPERTO y JUANA

RUP. Hola Juana, ¿qué tenemos? (A Juana que sale)

JUA. Por fin, D. Vicente ha pagado ya las cinco pesetas. (Dándoselas) Tómelas usted.

RUP. (Tomándolas) ¡Loado sea Dios! ¿Habrá gruñido algo, no es eso?

JUA. Sí, pero mis palabras le pudieron convencer y me pagó.

RUP. Eres muy diplomática, Juana. Ya veo que has sabido tomar instrucciones mías y has salido una discípula superior. (dándola tres pesetas) Toma, ahí tienes el completo de toda la semana.

JUA. ¿Y el piquito de la otra?

RUP. Ya te lo daré otro día. Ten calma mujer.

JUA. Si Vd. no me necesita podré ir en un momento a la posada para ver si el ordinario ha traído algún encargo de mis padres.

RUP. Vete, pero no tardes, por si ocurriera algo. Yo entre tanto voy a ocuparme de ver mi libro-registro, que tengo que presentar en la Inspección la nota de tres días de altas y bajas de la Agencia.

JUA. Pues hasta luego, D. Ruperto.

RUP. Ves con Dios, mujer. (Vase Juana y D. Ruperto se sienta en el sillón a escribir)

ESCENA 14

D. MANUEL, D. RAMON y D. JOSE

(Aparecen en la calle frente al kiosco, pero sin entrar en él. D. Ruperto dentro de su kiosco, escribiendo.)

RAM. Señores; la cosa está mal, muy mal. Yo he tenido que dejarme muchos asuntos, cansado de perder dinero y reducir mis operaciones a un sólo negocio.

MAN. En efecto; yo mando la mar de letras al protesto todos los días y entre ellas hay firmas muy conocidas en la plaza, que parece mentira que no hagan sus pagos puntualmente.

JOSÉ Pues por mi parte tengo que decirles que desde que tengo la fonda no me he visto con tantas facturas por cobrar; mis dependientes van y vienen detrás de los deudores, y no me traen nunca un céntimo.

MAN. ¡Qué falta nos hace Maura! Como él llegara a subir, verían Vdes. como todo entraba en caja;

los liberales ya no saben por donde andan. Han encendido una vela a Dios y otra al diablo, y esa política nos pierde miserablemente.

RAM. Así no se gobiernan los pueblos.

MAN. Nada, D. Ramón, no tenemos más remedio que sufrir con paciencia estos malos tiempos, hasta que vengan otros mejores.

ESCENA 15.

Dichos. AMPARO y VICENTA

(Estas se dirigen al kiosco. D. Ramón, D. Manuel y D. José, reparan en ellas y suspenden su conversación)

AMP. ¿Es aquí la Agencia de criadas? (Desde la puerta)

RUP. Sí; aquí es; entrad y sentaos, que pronto concluyo. (Entran las dos y se sientan)

MAN. ¡Qué guapa es la una; pero la otra es bastante fea!

RAM. Esas son criadas que vienen a la Agencia en busca de casa.

JOSÉ. ¡Qué idea! ¿Quieren ustedes que pasemos un buen rato? Entremos como si fuéramos a encargar una criada.

RAM. No, que ese viejo tiene malas pulgas y se podrá enfadar.

JOSÉ. No, es un infelizote. El pobre ha puesto esa agencia para poder comer.

MAN. Se le paga por adelantado el servicio de buscar una criada y verán ustedes qué contento se pone.

ESCENA 16

DICHOS y LEONOR (que entra y se sienta)

(Los tres reparan en ella y exclama D. Manuel al verla)

MAN. Esa sí que es bonita y elegante.

RAM. Esa debe ser alguna señorita que busca criada.

- MAN. ¡Sí, señorita de guardarropía!... (Los tres se ponen a esenchar desde la puerta que está entreabierta)
- RUP. (Preguntando) ¿Qué desean?
- VIC. Que me busque usted una casa que sea buena.
- RUP. ¿Tú has servido en Alicante?
- VIC. No señor.
- RUP. Pero tendrás quien responda por ti.
- VIC. Eso sí. Conoce a toda mi familia ese señor de Orihuela que es comandante y se llama D. Bartolomé Sanz.
- RUP. Entonces bien. (Escribiendo) ¿Cómo te llamas?
- VIC. Vicenta Martínez, natural de Orihuela; tengo 22 años, soltera.
- RUP. (Después de tomar nota, se dirige a Amparo y la dice:) ¿Tú también buscas casa?
- AMP. No señor: Yo estoy sirviendo en una casa del paseo de la Reina. ¡Vaya una casa! Allí se cuentan hasta los garbanzos que se echan al puchero. Será posible que vuelva por aquí para que me busque usted otra casa mejor.
- MAN. (Empujando la puerta, dice a D. Ramón y D. José) Entremos. (D. Ruperto se levanta del sillón y dice al verlos.)
- RUP. ¡Señores, tanta honra! ¿En qué puedo servir a ustedes? (Los tres le estrechan la mano)
- MAN. Aquí hemos venido, amigo mío, a saludar a usted.
- JOSÉ. Ibamos de paseo, y al pasar por aquí, hemos entrado.
- RUP. Muchas gracias, señores, por tan distinguido favor.
- JOSÉ. Amigo mío, usted ha sido la redención de este vecindario.
- MAN. Esta población estaba huérfana de una casa como esta, montada como en las principales capitales de España.
- RUP. Así, así; la he montado con arreglo a los mismos reglamentos que las que existen en Barcelona, pe-

ro francamente, señores, en la localidad no da resultado.

MAN. Hombre, hay que pasar el primer año de noviciado.

RAM. Tiene Vd. poco tiempo la Agencia. Ya verá usted como el público, comprendiendo las ventajas que le reporta, tendrá usted clientela y mucha.

MAN. Pues yo necesito una joven para camarera, que cuide únicamente a mi señora. (Mirando a Leonor) Como por ejemplo esta joven.

RUP. Pues también busca casa.

MAN. Pues a tiempo estamos.

LEO. ¿Qué familia hay en su casa?

MAN. No se cuide Vd. de la familia que tengo. Ya le he dicho que Vd. será camarera única para mi señora, sin cuidarse de lo demás. La acompañará usted al campo y estará con ella. En fin, una persona de confianza. El salario... el que Vd. pida, siempre que no sea exagerado.

RUP. Ya ves, Leonor; esto te conviene. No puedes mejorar.

LEO. ¿Y donde vive usted, caballero?

MAN. En esta misma calle número 42. Tome usted esta tarjeta. (dándosela) Pregunte usted en la portería por mí. ¿Cuándo irá usted?

LEO. Mañana si a usted le parece.

MAN. Supongo que no faltará usted.

LEO. Mañana antes del medio día, estaré allí sin falta.

MAN. Corriente. (Dirigiéndose a D. Ruperto) Voy a pagar a usted, don Ruperto. (Dándole un duro) Tome usted.

RUP. Toma, Leonor; cámbialo por ahí, que yo no tengo cambio.

MAN. No, Leonor, no se moleste; quédese con las cinco pesetas, que quiero pagar a usted bien.

RUP. Muchas gracias, D. Manuel; es usted muy generoso.

JOSÉ (A D. Manuel) Vamos amigo, va Vd. a tener una sir-

vienta muy guapa y muy elegante. (Leonor baja la cabeza y dice)

LEO. ¡Muchas gracias!...

RAM. Sea enhorabuena, chico, has sabido elegirla.

MAN. Conque lo dicho, mañana la espero a usted, Leonor.

LEO. No faltaré.

(D. Manuel da la mano a D. Ruperto, y los demás hacen lo mismo)

RUP. Adios, señores. Ya saben que tienen aquí una modesta casa y un servidor para todo cuanto sea posible

JOSÉ Gracias, hasta otro rato.

(D. Manuel y D. Ramón le saludan y vñanse los tres.)

ESCENA 17

D. RUPERTO, LEONOR, AMPARO y VICENTA

VIC. (Dirigiéndose a Leonor) ¡Qué suerte ha tenido usted, una casa como esa me convenía a mí.

RUP. Ya saldrá, mujer. Hay que tener paciencia, que yo tengo toda la aristocracia de Alicante.

AMP. Ya lo estamos viendo.

RUP. Conque Leonor, ya sabes lo que te tengo dicho; la casa de D. Manuel, dónde tu vas, es una de las mas aristocráticas de la capital; cumple bien y será tu felicidad.

LEO. Así lo haré, D. Ruperto; hasta después. Ya le diré a Vd. mañana como hemos quedado.

RUP. (Acompañándola sonriente hasta la puerta) No dejes de venir mañana y decirme lo que hay.

ESCENA 18

DICHOS y JUANA

(Esta al entrar y observar la alegría de D. Ruperto, lanza a Leonor una mirada furiosa. Leonor sale. Juana se sienta con la cara muy seria.)

RUP. ¡Hola Juana! ¿qué hay?

JUA. Pues hay, que al venir de la posada, pasaba por su casa de usted y me llamó doña Basilia, diciendo que fuera Vd. corriendo a su casa, que le esperan unos señores y me ha encargado que no tarde usted en ir.

RUP. ¿Qué será? ¡Oh! La providencia tal vez esté en mi casa. Voy enseguida. (Coje el bastón y el sombrero que están en la percha) Mira, Juana, no te muevas de aquí, y mucho cuidado ¿eh? Ya sabes que no estando yo tú eres la encargada, conque mucho ojo y hasta que vuelva, que ójala traiga buenas noticias.

JUA. (con indiferencia) ¡Así sea; vaya usted con Dios!

ESCENA 19

JUANA, VICENTA, AMPARO y después DOLORES

JUA. ¡Vamos, me estoy quemando la sangre, cuando veo a esa tonta de marquesita que se lo ha creído y al viejo D. Ruperto le hacen gracia todas sus cosas. Aquí va a pasar algo gordo. Ya lo veréis.

DOL. (Entrando y con marcado acento andaluz) ¿Y D. Ruperto?

JUA. Ha salido. Le han llamado de su casa.

DOL. ¿Tiene mal humor, Juana?

JUA. ¿Pues no he de tenerlo, Dolores?

DOL. ¿Qué ha pasado?

JUA. Que a D. Ruperto le hace tilín la Leonorcita, esa tonta vanidosa; y ese viejo, sospecho...

DOL. Pues mira, ¿sabes lo que te digo Juana? Que según yo veo, eza marquezita te eztá minando er terreno.

JUA. ¿Cómo?

DOL. Quiero desirte, mugé, que Leonor quiere quedarze de dependienta en la Agencia y tirate a ti a la caye.

JUA. ¡Qué indina es esa mala sombra! Yo la juro que me las pagará.

AMP. Ahora no querrá entrar ya en la Agencia. Don Ruperto la ha colocado en casa de un señor muy principal, que vive en esta misma calle.

JUA. ¿Qué estás diciendo?

AMP. Hace un rato, antes de venir vosotras, entraron tres caballeros. Uno de ellos, buscaba una criada que sirviese a su señora de camarera y dijo que vivía en esta calle.

JUA. Y D. Ruperto, ¿qué hizo?

AMP. Pues, tomó un duro que le dió el señor y quedaron conformes en que ella iría mañana a su casa.

JUA. ¿Lo ves, Dolores, lo ves?

DOL. ¡Claro! Como que ez zu favorita, y nozotras zomos para él un eztropajo viejo.

JUA. ¡Aquí va a pasar algo muy gordo! ¡Vaya si pasará! Yo hablaré con doña Basilia y habrá la de San Quintín, aunque me cueste salir de la Agencia. ¡Canalla! ¡más que canalla! Con ese andamio de gran señora quiere aparecer lo que no es.

DOL. (Dirigiéndose a Amparo) Qué, eze zeñó vive en el número 42.

AMP. Así lo he oído.

VIC. Yo también, y si no me engaño parece que oí que era banquero.

JUA. (Soltando una carcajada) ¿Sabes, Dolores, qué casa es esa?

DOL. Ezplícate, mugué.

JAR. Pues casa del Banquero D. Manuel Espinosa.

AMP. Ese es su nombre, lo recuerdo, D. Manuel.

DOL. ¡Vaya! ¡Ahora zi que la Marquezita va para Mar-
queza de véra!

JUA. No lo creas, Dolores; ese D. Manuel, siempre va en busca de gangas y este servicio es de trampa.

DOL. Mejó para ella, mugué ¿Puz creez tú que esa hipócrita que ze prezenta ante er mundo cubierta con er manto de su honeztidad, no va buzcando lo mizmo?

- JUA. Tienes razón, Dolores. Hay muchas maneras de matar pulgas.
- DOL. Habrá que darla la enhorabuena cuando la veamos.
- JUA. Por mi parte lo que haré es darla una paliza que se va a acordar de mí.
- VIC. Y hay para todo. ¡Querer echar a esta pobre mujer a la calle para colocarse ella! ¡Esto es una canallada que yo no la consentiría!
- AMP. Ni yo.
- DOL. Ezo que hase eza Marquezita ez una puñalá traperera.
- JUA. Cuando os digo que me las pagará... Ya lo veréis.
- DOL. Quiziera que ahora viniera por aquí.
- JUA. No lo quiera Dios.
- DOL. Zí mugé: verás tu que guazita la daba por su colocación en la caza del banquero.
- VIC. Me parece que yo conozco a a esa mujer.
- JUA. ¿A la marquesita?
- VIC. Sí; la he visto hace unos cuatro años me parece que fué en Orihuela. ¿De dónde es ella?
- JUA. De Torre vieja. Esa era hija de una maestra de niñas con más orgullo que D. Rodrigo en la horca.
- VIC. ¡No digo yo!... La conozco, vaya si la conozco: como que a su madre la llamaban doña Trinidad, y tiene una historia muy sospechosa.
- JUA. ¿Qué? Explicate.
- DOL. Cuenta eza historia. Aquí zomo toaz de la familia.
- VIC. Pues por el pueblo se decía, que esas mujeres. vamos, la madre y la hija, eran amigas de un señor muy rico de Orihuela, que precisamente era el amo de la casa en que nosotros vivíamos en la calle de la Corredera, el cual señor ha muerto hace unos tres años.

- DOL. (Con intención) ¿Y ez eza toa la historia que haz dicho zabíaz?
- VIC; No he concluido, mujer.
- JUA. (A Dolores) Déjala hablar, Dolores, no la interrumpas.
- VIC. Pues se corría el rumor por todo el pueblo, que D. Agustín, que así se llamaba el tal señor, tenía relaciones ilícitas con la madre y con la hija.
- DOL. ¡Jozú qué ezcándalo!
- JUA. (A Dolores) ¿Qué te va ahora pareciendo esa Marquesita? (A Vicenta) Continúa, hija, continúa hasta el final.
- VIC. Pues yo no sé mas, sino que ellas venían alguna vez a Orihuela y paraban en casa de D. Agustín, de quien ellas decían que eran parientas.
- DOL. Puz chicaz, me va paresiendo eza Leonor una pájara de mal agüero.
- VIC. D. Agustín, pasaba muchas temporadas del verano en Torrevieja? y claro, ¿dónde había de parar sino en casa de sus parientas?
- JUA. Todo eso lo ha de saber D. Ruperto, y si no se arreglan las cosas, lo sabrá también doña Basilia.
- DOL. Vez tu Juana, ahí tienez un arma de vengansa, aprovéchala y no zeaz tonta.
- JUA. ¡Vaya si la aprovecharé! Veremos si ahora triunfa esa mala pécora.
- VIC. Esto que os he dicho, es cierto, pero yo no estoy segura si era ella esa que digo.
- JUA. De todos modos ya nos enteraremos bien si es o no esa prójima.
- DOL. Qué impasiente eztoy por aclará eza hiztoria! ¡No pazá eza indina por aquí!... (Se asoma a la puerta y mira hacia todos lados) ¡Calla! ¡Por allí la veo! (En este momento Leonor cruza la esena y Dolores la llama con insistencia) ¡Leonor! ¡Leonor! ¡Oye! (Leonor se dirige a la Agencia y Dolores la espera en el interior del kiosco y la dice:) Paze usted, Leonor, que aunque no está aquí don Ruperto, estamos nosotras.

ESCENA 20

Dichos y LEONOR (desde la puerta)

LEO. ¿Qué quieren ustedes?

DOL. (Señalando a Vicenta) Mugué, eza joven conoce a toa tu familia.

LEO. (Eutrandó y sentándose) ¿Con que conocía usted a mi familia? (A Vicenta)

VIC. ¿No era su madre, maestra de niñas en Torrevieja y se llamaba doña Trinidad?

LEO. Ese era el nombre de mi mamá (con tristeza) ¡Ya murió la pobre! ¿Qué usted es de Torrevieja?

VIC. No señora, de Orihuela.

LEO. ¿Cómo nos conoce usted siendo de Orihuela?

VIC. Porque ustedes iban algunas veces a Orihuela y paraban en casa de D. Agustín, que era el amo de la casa en que nosotros vivíamos ocupando los bajos, y ese señor los altos de la misma casa. Ya ha muerto también hace tres años.

LEO. (Suspirando) ¡Sí, ya lo sé!

DOL. (Con intención) ¡Pobre zeñó!... Comprendo que lo zentirán uztedes.

LEO. (Comprende que esta conversoeión es de burla intencionada, y levantándose como para marcharse se dirige a Vicenta diciéndo) ¡Vaya, me alegro haberla conocido; hasta otra visla!

JUA. Oiga usted doña Leonor. (Deteniéndola)

LEO. (con ironía) Puede usted suprimir el *don*, doña Juana, (muy marcado)

JUA. (lo mismo) Pues tengo que decirla, Leonor, que con usted tengo una cuenta pendiente que quiero liquidarla ahora mismo.

LEO. No creo tenga usted nada que liquidar conmigo.

DOL. Vaya Leonor, no zea uzted así. Tenga calma para ezcuchar a laz perzonas.

LEO. Vaya, ya me voy cansando de tanta conversación intencionada (con enfado) ¿Qué desean ustedes? Acabemos pronto.

JUA. Pues vamos a terminar esa cuenta ahora mismo. Usted es una mala persona con cara de buenos sentimientos.

LEO. ¡Juana, no me insulte Vd. porque no lo tolero!

JUA. Y yo tampoco tolero que usted conspire contra mí, para quedarse en la Agencia en mi puesto.

LEO. ¡Quien haya dicho eso, es un calumniador!

JUA. ¡Eso es verdad, y mucha verdad!

LEO. Pues yo le digo a usted que es mentira y mucha mentira, y lo que creo según estoy viendo, es que ustedes me han preparado una emboscada para asustarme, y a mí no me intimida nada, ¿estamos?

DOL. Mugé, no tenga uzte ezos humoz tan zubidos, que no hay pa tanto.

JUA. ¡La orgullosa, la tonta esta, ¿qué se habrá creído?

LEO. Le vuelvo a decir, Juana, que a mí se me habla con moderación porque soy una persona decente.

JUA. ¡Vaya! ¡y tan decente! ¿Verdad Vicenta? (Dirigiéndose a esta)

VIC. Yo no entiendo de eso ni quiero líos.

LEO. Hay mujeres que había que arrancarles la lengua y usted, Juana, es una de ellas.

JUA. Yo sí que le arrancaré ese moño que lleva de señorita.

LEO. ¡A mí que me ha de arrancar, so estropajo!

JUA. ¿Yo estropajo?... ¡Tu sí que eres una señorita fingida, de mal vivir!

LEO. (Abalanzándose a ella) ¡Cómo, indecente, cochina!
(La da un bofetón, Juana la da otro y se agarran las dos del moño, pegándose. Vicenta, Amparo y Dolores gritan llamando a los guardias.)

VIC. } (Gritando) ¡Guardias! ¡Guardias! Socorro! ¡Que
AMP. } se matan!

DOL. (Grita también y las dice) Pero mujerez, no pegarze.

ESCENA 21

Dichas y DOS GUARDIAS de orden público que estaban paseando en la calle y acuden presurosos.

GUAR. 1.º ¿Qué pasa aquí?

GUAR. 2.º ¡Altu a la autoridad, (con acento gallego marcado)

(Amparo y Vicenta al ver entrar a los guardias salen corriendo a la calle diciendo a los mismos)

VIC. Nosotras no somos; esas, que se han agarrado como fieras y se han pegado (Señalando a las dos de la pelea) (Se marchan Amparo y Vicenta. Los guardias separan a Juana y Leonor que estarán completamente despeinadas y con los vestidos en el mayor desorden.)

GUAR. 1.º ¡Orden y silencio, o van ustedes ahora mismo a la Inspección!

DOL. (Señalando a Leonor) Eza ha tenido toda la culpa, que nos ha insultado a todaz.

LEO. ¡Mentira, Sr. Guardia. Estas cochinas que me han llamado y me han hecho entrar, para pegarme.

GUAR 2.º Buenu, en el Gubiernu cevil se aclarará esu. Pasen ustedes delante.

JUA. Yo no puedo moverme de aquí hasta que venga D. Ruperto.

GUAR. 1.º ¿Qué no está el amo?

JUA. No señor. Yo soy la dependienta de la Agencia.

GUAR. 2.º ¡Vaya un ejemplu que está usted dandu a su amu!

DOL. Pero zi ella no tiene la culpa.

GUAR. 1.º ¡Que se calle asted la digo!

DOL. Puz bien, me callaré, pero yo tengo la obligación de iluztrar a la juztisia.

GUAR. 1.º ¡Yo si que la voy a ilustrar a usted si no se vá pronto. ¡Fuera de aquí! (Dolores se vá corriendo y dice)

DOL. ¡Uf! ¡qué amablez zon estoz tíoz!

(A los gritos y escándalo, se ha ido reuniendo gente dentro y fuera de kiosco y D. Ruperto que volvía muy tranquilo a la agencia, apresura el paso y separando a los curiosos entra y dice:)

ESCENA 22.

Dichos y D. RUPERTO

RUP. ¿Qué escándalo pasa en mi casa?

(Los guardias despejan de gente el kiosco, y se descubren al ver a don Ruperto)

GUAR. 1.º Estas mujeres que se han pegado y si no entramos a tiempo se matan.

JUA. D. Ruperto, esa Leonor tiene la culpa, que me ha insultado pegándome un bofetón.

LEO. Eso es mentira, D. Ruperto; ha sido ella y otras que estaban aquí, que me han llamado para pegarme.

JUA. ¡Mentira, mentira! La mala es usted, tía chismosa.

RUP. ¡Silencio digo! Tú Juana (Cogiéndola de un brazo) a la calle inmediatamente y no vuelvas más por aquí. (Juana llora desde la puerta) Y tú, Leonor, a la calle también. No quiero escándalos en mi casa. (Al ir a salir Leonor, se encara con Juana y la dice:)

LEO. ¡Tú me la pagarás, canalla!

(Los guardias las detienen y dicen)

GUAR. 1.º Estas *señoritas* nos las llevamos detenidas.

RUP. Señores, no, por favor; puede ocuparse de ello la prensa y esto no me favorece nada.

GUAR. 1.º ¡Ea pues, fuera de aquí, y agradecer al amo que no os llevemos presas.

GUAR. 2.º Cada una por su lado y cuidadito con armar otro escándalo en la vía pública, porque no les libra nadie de que vayan arrestadas- (Juana y Leonor se van cada una por distinto lado, pero al llegar a las cajas, se vuelven ambas y se juran pegarse por señas una a otra. A la amenaza de Juana, contesta Leonor con un signo de desprecio)

RUP. ¡Maldita Agencia, qué disgustos me está dando! Gracias a la Providencia, ya no la abriré mañana.

GUAR. 1.º ¿Porqué hombre?

GUAR. 2.º ¿Por lo que ha pasado ahora? Esta es cosa corriente entre esa gentuza de criadas.

RUP. No; por esto no. Sino porque me han dado un destino en el Ayuntamiento.

GUAR. 1.º ¿Cómo?

RUP. Si, señores; gracias a mis buenos amigos me han encargado de la Higiene.

GUAR. 2.º ¡Sea enhorabuena! ¡Que sea para muchos años!
(dándole la mano)

GUAR. 1.º Lo mismo digo. (Idem.)

RUP. Gracias mil, y perdonen ustedes la incomodidad que se han tomado por estas domésticas malditas.

GUAR. 1.º No. Esa es nuestra obligación.

GUAR. 2.º Para eso somos del orden.

(Los guardias saludan y se retiran. Don Ruperto se descubre y adelantándose al público dice;)

RUP. Y aquí termina el juguete de "Una agencia de criadas,,. Público, si te ha gustado te suplico dos palmadas.

FIN DEL JUGUETE

ADVERTENCIA.--Por un error de ajuste, las tres líneas final del folio 13, deben leerse al principio del mismo.